

EL TEMPLO DEL GENIO LATINO

Con motivo de la muerte de Rubén Darío se fundó en París la Liga de la Fraternidad intelectual latina. Pensóse primero en perpetuar la effigie del gran poeta en un mármol que fuera a la vez un símbolo de hermandad de los pueblos de origen mediterráneo, pero luego se agigantó la idea y ya no se quiso glorificar tan sólo al ilustre representante de una raza sino al genio de la raza misma que creó todo lo noble en el arte y en el pensamiento; que desde Menfis hasta Buenos Aires hizo florecer una armoniosa civilización; que de Tolomeo a Magallanes iluminó la ruta celeste; que fue vencedor del espacio desde Icaro hasta Santos Dumont; del genio que triunfó del tiempo con las alas marconianas.

Un monumento para simbolizar el genio latino; un templo para rendir homenaje a esa fuerza secular que talló la voluntad vencedora, embelleció el pensamiento y divinizó la conciencia de la bestia humana; un recinto sagrado para reverenciar los dioses que surgieron de las ondas latinas; el progreso, el arte, la ciencia y el derecho!

La memoria de un americano, de un atlántico ilustre, descendiente de Palas, Atenea, ha dado origen a una hermosa idea, y la gran guerra a la revelación de un sentimiento que parecía extinguirse ya y que surge hoy en toda su nobleza, pleno de promesas: la fraternización de las naciones que tienen un mismo culto que rendir, una misma herencia que defender y un mismo ideal que perseguir.

Paul Adam, Maeterlinck, Ferrero, Lahovary, Valle-Ileán, Corredor La Torre y Gómez Carrillo se impusieron la misión de mantener el fuego sagrado que caldea las almas de los hermanos de dos continentes y la defensa de la invasión futura de las sombras bárbaras. La gente latina estaba olvidando su «dulce aurora» e instantes hubo (en las vidas milenarias los años son segundos) en que renegó de su tradición, de su sangre redentora y cayó de hinojos ante los sospechosos ofensores de una nueva cultura.

Falta ahora marcar esa hora de la resurrección familiar de la raza, que ha de tener una resonancia secular; eternizar en un mármol el abrazo de los hijos de la loba romana. ¿Y qué otra manera mejor que levantar en París, junto al Sena, una estatua que alegorice el genio latino?

El primer esbozo, ideado por el escultor Magrou, representa un coloso de seis

metros, perfecto de formas como un efebo imponente cual un héroe griego y sereno como un dios. La armoniosa arquitectura del rostro y la tranquilidad inquietante de la frente dan la impresión de un templo incomparable de líneas y lleno de misterio. La urna del pensamiento sutaliza la recia contextura. En una mano revela la Victoria de Samotracia y se creyera que en la otra se apoyan dulcemente los músculos fatigados de vencer.

A los pies del Genio, tal es la concepción del artista, reposará la loba y se alistará para volar el condor americano. Las ubres cansadas de amamantar, fuentes vitales de la grandeza romana y de las concepciones modernas del derecho, y las alas potentes, locas de espacio, impacientes de ascensión, alegoría del porvenir andino, de las eternas aspiraciones de la raza y de su juventud imprecderera.

En el zócalo del monumento se perfilan los rostros de las más exquisitas floraciones del árbol latino: los antiguos, ya casi legendarios (¡tan divinos son!) y los modernos, grandiosos de realidad, palpitantes de vida todavía. El cantor de Tracia verá allí a los nuevos portadores del instrumento lírico: Hugo, Heredia, Darío, Verhaeren...

Nuestro poeta americano, que fue una concreción de latinidad, oficiará magníficamente al lado de Ovidio en el santuario de la raza, de cuya savia él esperó siempre un despertar, un aliento para el renacimiento fraternal.

Ampliando sus cantos optimistas aparece el visionario que tuvo el maravilloso presentimiento.

El proyecto de Magrou no ha sido aceptado todavía. La interpretación de la grandiosa idea exigirá del arte un maximum de verdad y de belleza. Mas e temos seguros de que París, la esteta sin igual, se complacerá en su monumento y que será perfecto el símbolo que pondrá pavor a los bárbaros desde una eminencia de las Tullerías.

M. S. VALENCIA.

París, mayo de 1917.

EL CREDO DE LOS TERREMOTIZADOS

Con ocasión de los últimos terremotos, en Bogotá se rezaba uno de los credos más incondicionales que pueda exigirse.

—¿Creéis que estos son fenómenos de deslizamiento?

—Así lo siento.

—¿Creéis que influyen las manchas

llamaban a mi madre.

Oí la conversación que tuvieron, y de ella inferí que mi amo estaba vivamente dasazonado por lo que había sucedido, cosa de que no se me daban dos ardites, pues yo, gracias a los malos tratamientos que me habían hecho sufrir los que me sacaron del pantano y al ejemplo de mi madre, que se mostraba arisca para con los hombres, había empezado a mirar a éstos como enemigos.

Lo que me confundía era ver hombres montados en seres de mi especie; pues no entendía cómo, siendo aquellos enemigos de los caballos, podían unirse con éstos de una manera tan íntima; ni cómo los caballos consentían en dejarse montar.

Lo que oí a mi amo y al mayordomo pudo, según lo comprendí mucho más tarde, inspirarme temores de morir, pero entonces, no tenía yo la menor idea de la muerte: yo había

del sol febeo?

—Ya lo creo.

—¿No creéis que tales manchas acaso pudieran quitarse con bencina?

—Sí, mi china.

—¿Creéis que estén los volcanes complicados en este trasiego?

—Desde luego.

—¿Creéis que impresionada por el cometa Wolf la tierra se sacuda?

—¿Quién lo duda?

—¿Creéis que los Andes bajan cosa de diez metros diariamente?

—Evidente.

También los cismas políticos, la escasez de medio circulantes y otras de nuestras epidemias figuraron en primera línea. Algo así como orgullosos nos sentíamos de que hubiera tantos motivos para que estas envolturas mortales fueran de un momento a otro engullidas trágicamente por el suelo o destruidas por los materiales de construcción.

CROMBIE

Una vida al Salto

SEÑOR Salto, buenos días.

—BUENOS días, linda maula.

Cómo vamos? Qué milagro

Que te dejes ver la cara?

—Por venirlo a ver.—Bien, dime,

Y cómo están por tu casa?

—Los muchachos están buenos,

Fernina achacos.—Vaya.

—Y usted?—Algo acatarrado.

—No es extraño, está tan mala

La estación, y con el frío....

—Por eso siempre mis aguas

En este mes de lloviznas

Se van a tierra templada.

—Tiene usted aquí a mi amigo?

El señor Gutiérrez de Alva.

—Mi estimable compatriota

El Salto de Tequendama.

—Yo celebre conocerlo.

—Sevidor de usted.—Mil gracias.

(Hola! pronuncia la zeta!)

—Viene usted quizá de España?

—Sí, señor.—Oh! pues me alegro

De verlo con toda el alma.

Hace tiempo que no oía

Hablar lengua castellana;

Usted hace que recuerde

A Jiménez de Quesada.

—Estuvo aquí don Gonzalo?

—Hace tres centurias, largas;

Y aún hoy si pintar supiera

luchado ya con ella como con un enemigo invisible y desconocido.

Con grandes cuidados nos trasladaron a mi madre y a mí a una *manga* inmediata a la casa del amo, a fin de poder cuidar de mí con más esmero. Mucho me maravilló la vista de la casa y la de muchos otros objetos que se me presentaron y que no había podido ver en mi potrero natal. Sentíame muy quebrantado y molido; pero lo que más me atormentaba era el dolor de las orejas y sobretodo el de la cola. ¡Ay, aun, no sabía yo que este último era no sé si principio, o más bien negro presagio y fatídico anuncio, de los males que me había de ocasionar esta desdichada parte de mi cuerpo!

A poco tiempo y sin mayor difi-

*Manga. Potrero muy reducido, regularmente inmediato a la casa principal de una hacienda.

FOLLETIN DE «ECO DE ORIENTE» 2

EL MORO

Por José Manuel Marroquín

Autobiografía de un potrero sabanero.

CAPITULO I.

Por la tarde vino a verme con el mayordomo el dueño de la hacienda en que vi la luz, es decir, la luz de las estrellas, pues yo nací a media noche. A esa hora vi estrellas; pero vi más cuando me sacaron del pantano.

La hacienda está situada en la Sabana de Bogotá y se llama «Utramar». Su dueño, D. Próspero Quiñones, había aguardado con sumo interés mi venida al mundo, pues fincaba grandes esperanzas en lo que había de nacer de la Dama, que así